

Hernán Ronsino  
LA DESCOMPOSICIÓN



ETERNA CADENCIA  
EDITORA

HERNÁN RONSINO

## La descomposición

Con una escritura ambiciosa que dio lugar a auspiciosas críticas, *La descomposición* (2007), primera novela de Hernán Ronsino, inauguró la trilogía pampeana que conforma junto a *Glaxo* (2009) y *Lumbre* (2013).

En el pueblo del Bicho Souza, de Abelardo Kieffer, de Pajarito Lernú, por momentos el aire se hace irrespirable. La sensación de que algo se ha roto sobrevuela los innumerables relatos que hilvanan la memoria de los personajes, un accidente de caza, un crimen, un tornado, un suicidio; "algo se está desgastando, imprevisible, sobre los tejidos oscuros, en las entrañas de este momento: y no lo vemos, y no podemos, por estar ciegos, detenerlo; y no podemos, aunque lo viéramos, frenarlo". Una novela morosa que pareciera hablar de la imposibilidad de narrar, pero también de una época muy clara de la Argentina, de descomposición social, familiar, individual, dominada por el hastío y la ausencia de futuro.

Una prosa brillante, en la que se entrecruzan lo histórico, lo literario y lo ficcional, de una de las voces más sólidas de la narrativa argentina contemporánea.

Hernán Ronsino

LA DESCOMPOSICIÓN



# Índice

Cubierta	
Sobre este libro	
Portada	
Dedicatoria	
La acidez del limón	
	1
	2
	3
	4
Esa podredumbre	
	1
	2
	3
	4
Sobre el autor	
Página de legales	
Créditos	
Otros títulos de esta colección	

*A mis hermanos*

Moviéndose sin disgusto ni tropiezo entre los  
cadáveres pavorosos de las antiguas ambiciones,  
las formas repulsivas de los sueños que se fueron  
gastando bajo la presión distraída y constante de  
tantos miles de pies inevitables.

JUAN CARLOS ONETTI

## LA ACIDEZ DEL LIMÓN

*Es la acidez del limón lo que es amarillo,  
es el amarillo del limón lo que es ácido.*

JEAN-PAUL SARTRE

## 1

El viento, húmedo, rastrero, viene del fondo: de lo que se conoce como lago muerto. Un pozo grande, de aguas estancadas, donde desagota la depuración. Ese viento, es inevitable, trae un olor pesado. Las cosas se pudren ahí, a un costado de la calle. Pero el olor no llega al pueblo tan fuerte como se respira en esta quinta, entre los árboles del monte, o en las Ruinas de enfrente. El olor se diluye, en el viaje. Se mezcla con otros olores: con la nafta de la YPF, con el hinojo de los baldíos que cultivan, con la voluta agria de las hojas quemadas. Y entonces lo que llega al centro (para golpear los peinados de las mujeres que salen del bingo con ganas de revancha; y las caras de los tres o cuatro tipos que ahora deben estar en La Perla, sentados en la vereda y envidiando algún auto estacionado, de culata, en la plaza) es un aroma en forma de humo, arrastrado por el viento, que apenas se parece al caucho quemado.

Estamos en junio y hace calor. Espero, en la quinta, a Bicho Souza, mientras corto, con el hacha, pedazos de leña. Bicho Souza es profesor de matemática en la escuela industrial, y músico, toca el bandoneón. Antes, tenía un grupo: había empezado como una banda de jazz, la Euclides Jazz Band. Pero después viró al tango. Y pasó a llamarse, simplemente, la Euclides. Cuando murió Ángela, su mujer, dejó de tocar en público. Ahora toca en su casa, para despuntar el vicio nomás, como dice él. Anda cerca de los sesenta y cuatro, vive solo atrás de la estación de colectivos, en una casita que compró con un crédito que hace pocos años ter-

minó de pagar. Y tiene un hijo, Federico, que es guionista de televisión y, ahora, vive en Buenos Aires. Bicho Souza es el único afecto que me ha quedado. Anoche lo llamé por teléfono. Le dije: "Bicho Souza, ya es tiempo de levantar este luto: venite mañana a comer un asado, cumplo años". Es por eso que, mientras corto pedazos de leña, para el asado, lo espero. Con el hacha, descalzo, golpeo las ramas de la casuarina que se han salvado de la fogata de abril. Termino de quitar las ramas que quedaron en el tronco, caído, cruzado en lo que alguna vez fue una huerta. Y guardo la leña en una bolsa de arpillera que tiene inscripto en letras rojas y negras *Molinos Bunge S.A.* Cada vez que golpeo con el hacha (el golpe repercute, trepando por mis brazos) se me va despertando, lento, pero gradual, el recuerdo de un sonido: ese golpe, constante sobre la rama, seco, vibrando, después, en mis brazos, se parece al tiro de una escopeta.

Amanecía en el campo. Íbamos en la camioneta de Teodoro Kieffer a cazar liebres. Una película opaca, de luz, cubría el reborde de los árboles. El camino de tierra era llano, lineal. Teodoro Kieffer, con la voz gruesa de la mañana, y una cara todavía no reconciliada con la vigilia, me hablaba del caballo de Saturnino Pérez: un zaino, de un pelaje hermoso, que le salvó la vida a su dueño. Una noche, Saturnino Pérez escuchó que los perros andaban inquietos. Y las vacas un poco alborotadas. Entonces supo que seguro eran cuatreros los que andaban en su campo. Montó el zaino y salió, a lo oscuro, armado. Era un hombre guapo, Saturnino. Parece que en la zona de la laguna vio un bulto raro. Entonces levantó la voz: "Quién anda ahí", dijo. El bulto se quedó quieto, pero no emitió sonido. Las cosas no le estaban gustando nada. Gritó de nuevo: "Quién". Y el bulto amagó un gesto, digamos, un movimiento. Saturnino desfundó, apuntó, y en ese momento vio que el bulto salía corriendo. Dudó, pero decidió tirar a lo oscuro. Se detuvo. Trató de oír algo, un ruido, un gemido, una queja. Pero lo único que se oía era un sonido conjunto de sapos y grillos dispersos. Entonces, la noche, traicionera, le devolvió la agresión. En eso sintió el pinchazo en el pecho. Fue lo primero. Después un frío que le subió hasta la cara, hasta la misma boca, cada vez más reseca con el sabor agrio de la sangre. Y el zaino, como dándose cuenta de todo, empezó a trotar por el medio del campo. Parece ser, porque, es lógico, después fueron reconstruyendo el destino que tomó, que enfiló para el camino real. Era una noche cerrada. An-

*tes de llegar al camino real se empezó a ver, flotando en la masa oscura, informe, una luz. Saturnino Pérez, gravemente herido, no podía tomar las riendas, solamente, dice, se aferró con fuerza al animal que, sabía, era su única salvación. El zaino galopaba en la noche, con pasos firmes. Cuando se detuvo, Saturnino Pérez, mareado, sangrando por la boca, cayó al suelo. Estaba en las puertas de un rancho. El zaino relinchó. Era la casa de Castillo: así fue como le salvó la vida. A ese caballo lo crié yo y después se lo vendí a Pérez, me contaba, entonces, Teodoro Kieffer, mirándome por encima de sus hombros, orgulloso, con una voz cada vez más parecida a la suya. Dejábamos el camino de tierra. Estábamos entrando al campo de Saturnino Pérez. Yo tenía ocho años. Íbamos a cazar liebres, con escopetas.*

Termino de cortar leña, sudado. Me siento sobre el tronco muerto, oscuro, de la casuarina, y prendo un cigarrillo. Miro encima del monte y puedo ver, entero, el puente del ferrocarril, del otro lado del lago muerto. En un par de meses, cuando los árboles se llenen de hojas, el puente del ferrocarril se volverá un recuerdo de esta época. Una imagen retenida en la memoria de quien alguna vez lo vio. Pero ahora se lo ve entero, real. Alguna parte de los hierros, oxidados, restalla con los últimos rayos de sol. El tren pasará a la noche. El tren, cruzando el puente, arrancará un estruendo chirrioso de metales. Y se lo verá luminoso en la oscuridad del campo. Los ladridos de los perros al romper las sombras silenciosas de la tardecita, que se estiran sobre los pastos amarillentos, están inaugurando la noche. Y anuncian, al mismo tiempo, el cuerpo de Bicho Souza, caminando, solo, por el medio de la calle de tierra, rodeado por la penumbra. Lo imagino gordo, las piernas cortas, dando pasos firmes; el resto del cuerpo dibujando un bamboleo suave, acompañado por los brazos. Bicho Souza ya debe sentir el olor que viene del fondo de la calle. Debe ver, también, la curva que se dibuja antes del lago, y por eso, sobre los ojos, se le debe estar levantando, ahora que nada lo cubre, ni el pastizal, ni la techumbre del monte, el rancho de Pujol, torcido y oscuro, con la antena de televisión en el techo.

*Nos esperaban abajo de un ombú. Leo Krause, las manos enguantadas, severo con la mirada, pero triste, apenas, en la curvatura de los labios, justo en esa mueca torcida debajo del bigote fino y rubio; y Eugenio Calderón, manco, ansioso, adolescente. Nos esperaban abajo de un ombú. Teodoro Kieffer, unos pasos adelantado, ensayaba la postura que tanto le gustaba poner en práctica frente a los miembros del Munich, postura con la que se ganó, incluso después de muerto, un respeto exagerado. Sería por las botas, pensaba yo, por las botas blancas, sobresaliendo encima del pantalón también blanco. Saludamos. Se habló de mi primera vez, en la caza. Después decidieron ir hacia la zona de la laguna. El sol trepaba, en la mañana despejada. Mientras caminábamos, con las escopetas en la mano, veíamos, de a ratos, a Saturnino Pérez, como una sombra, un reflejo alargado en medio del campo, mítico, apareciendo, detrás de los corrales, montado en el zaino.*

Los ladridos se suspenden. Un supuesto silencio se alarga sobre el espacio. El calor se respira en todas partes. Y la noche, paso a paso, se va hundiendo en los ojos. Bicho Souza, su forma maciza, cansada por la caminata, aparece en la calle de tierra. Todavía no me ha visto. Viene mirando el suelo, pensativo, entonces supongo que tampoco ha visto el rancho de Pujol, ni la antena de televisión que una noche, Pujol, arrastró en el carro desde el centro, y que puso encima del techo de chapa. Esa noche, mientras pasaba frente a la quinta, gritó, anunciándose con un silbido que hace doblando la lengua: "Eh, vikingo, ahora me falta la televisión". Bicho Souza, cuando está parado en la portada, levanta la cabeza, como buscándome en la zona de la casa. Pero ve todo oscuro (debe ver una casa a medio hacer: las vigas sobresaliendo de la losa que iba a soportar el segundo piso que nunca se levantó; debe ver el porche, abandonado, sin la luz encendida). Entonces empieza a buscarme en la zona de la casuarina. Yo levanto una mano. El movimiento de la mano rompe la quietud de la pequeña noche. Por eso Bicho Souza se enciende. Despide, de ese cuerpo agitado, una voz que me retumba. Esa voz, distinta a la que escuché, ayer, por el teléfono, arrastra consigo una madrugada en el Munich de la Norte (me despierta un mundo que creía enterrado, perdido). Pero es solo el comienzo, la punta de las palabras que me tocan, el impacto con esa voz después de no haberla escuchado por un tiempo. "Compañero, feliz cumpleaños", dice la voz.

La primera liebre que vimos apareció detrás de unos eucaliptos, antes de llegar a la laguna. Krause se puso delante. Teodoro Kieffer, unos metros detrás. Y apoyados en un alambrado, Eugenio Calderón y yo. Krause apuntó. Y largó el disparo. El tiro retumbó en el aire, temblando, para flotar atontado, un rato nomás. Le había pegado a la liebre, en la cabeza. Teodoro Kieffer le disparó a una, cerca de un senderito. Yo las guardaba en una bolsa. Arrastraba la bolsa, con las liebres muertas. Eugenio Calderón, que estudiaba en la Escuela Agraria de Gorostiaga, me decía que había que saber dónde pegarles para matarlas de un solo tiro. Tenía un lunar, Eugenio Calderón, justo debajo del ojo derecho, y una barba, dispersa, confundida todavía con un vello débil, oscuro, que le empezaba a cubrir el rostro redondo. Eugenio Calderón mató a una liebre, del otro lado de la laguna. Y fue con un solo tiro. La bolsa pesaba. Lo que pasó después seguro habrá sido a media mañana. Los informes médicos decían eso. Alguna vez escuché que Teodoro Kieffer trataba de entender la tristeza que llevaba puesta en la mueca torcida, debajo del bigote fino y rubio, Leo Krause; se decían cosas, diversas versiones, por ejemplo, en el amplio salón del Munich de la Norte, cuando, claro, Leo Krause no estaba presente o estaba de viaje o en la casa de verano en La Cumbrecita. Teníamos que cruzar un alambre de púa: eran tres hileras. Primero pasó Teodoro Kieffer, Leo Krause sostenía con el pie una de las hileras y levantaba, con cuidado, el alambre de arriba, formando un hueco para que pasara el cuerpo de Teodoro Kieffer. Fue en ese mo-